El

hijo del ciego

Gabriel

1

EL HIJO DEL CIEGO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, PRECEDIDO DE UN PROLOGO.

ORIGINAL Y EN PROSA,

DE LOS

Sres. Mr. HUGELMAN GABRIEL Y D. JUAN BELZA.

Representada con aplauso en el teatro del Príncipe la noche del 11 de abril de 1855.



N.º 260.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL OLIVO, NÚM. 15.
1855.

AL EXCMO. SEÑOR

D. PASCUAL MADOZ,

MINISTRO DE HACIENDA,

Débil tributo de consideracion, amistad y deferencia de

LOS AUTORES.

PERONAGES.	ACTORES.
CONSUELO.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MARGARITA.	DOÑA LORENZA CAMPOS.
VICTOR (*niño de* 12*años*).	DOÑA RAFAELA TIRADO.
FRANCISCO.	D. JOAQUIN ARJONA.
EL CONDE DE FALERMO.	D. JOSÉ ORTIZ.
FERNANDO.	D. VICTORIANO TAMAYO.
EL MARQUES DE MASARRA.	D. VICENTE JORDAN.
UN CRIADO.	D. N. CUBAS.

GUARDIAS.—ACOMPAÑAMIENTO.

La escena pasa en Cataluña.—Año de 1703.

PROLOGO.

EL DOBLE CRIMEN.

El teatro representa el fondo de un valle situado en las montañas de Cataluña. A la izquierda, una cabaña de pobre apariencia y en la puerta un banco: á la derecha, algunos árboles frondosos, maleza y chaparros. Al fondo, los Pirineos, entre los cuales se pierden varios caminos.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.—*Despues* FERNANDO, *vestido de negro.*

MARG. (*Sola estará hilando á la puerta de la cabaña.*) Ya está anocheciendo: el sol se pierde detrás de las montañas, y Francisco no viene... Qué podrá detenerlo? él, tan exacto siempre!.. Por fortuna, el niño duerme aun... Vírgen santa, protejed á este inocente!...

FERN. (*Por el fondo á la derecha, y aparece indeciso del camino que debe seguir: ha escuchado las últimas palabras de Margarita y se dirige á ella.*) Buena mujer, en el nombre de la Santa Vírgen á quien acabais de invocar, podríais indicarme el camino del castillo de Masarrá?

MARG. Ah!.. me habeis asustado!..

FERN. Sin embargo, os estoy hablando en nombre de la Vírgen, y esto debe tranquilizaros.

MARG. No lo estrañeis, caballero; de quince dias á esta parte, estamos aqui en una contínua zozobra.

FERN. Pues qué, sucede en estas montañas alguna cosa estraordinaria?

MARG. De dónde venís, para hacerme semejante pregunta?

FERN. De Francia, de París: me encaminaba al castillo por que os he preguntado, donde segun una carta que allá recibí, obtendré revelaciones importantes respecto á mi familia, á la que desgraciadamente no conozco.

MARG. Pobre jóven!... Y no os han aconsejado en Francia que no viniérais á España en estos momentos?

FERN. Sí; me han hablado de guerra civil, de luchas intestinas; pero como la carta era tan interesante para el pobre huérfano, no dudé ni un solo instante, y he continuado mi viaje.

MARG. Y no habeis tenido ningun mal encuentro por esas montañas?

FERN. Nada... únicamente cuando salí del último pueblo, un anciano á quien dí una limosna me dijo: «Que Dios os proteja.» Creí que seria una frase de costumbre para dar gracias por la caridad, y continué mi camino.

MARG. Sin armas?

FERN. Sin armas...

MARG. Gran suerte habeis tenido, jóven, escapando de caer en manos de alguna de las partidas que recorren nuestras montañas bajo el pretesto de servir la causa del Archiduque Cárlos. Si os hubieran creido un espía...

FERN. Afortunadamente no ha sucedido así; pero volviendo á mi primera pregunta, teneis la bondad de indicarme el camino del castillo?

MARG. Oh! con mucho gusto: por ese lado nada os sucederá. El Marqués ha convertido su castillo en una fortaleza defendida por él mismo, por sus criados y su amigo el Conde de Falermo. Tomad la senda de la travesía, y llegareis mas pronto. Seguid este camino, volved luego á la derecha, y cuando encontreis una cruz, descubrireis el castillo.

FERN. Gracias. Oh! Gracias. *(Aparte.)* Al fin voy á saber quién soy. *(Alejándose.)* Adios, buena mujer.

MARG. Que él os acompañe y proteja... Francisco no viene, y tal vez el niño se haya despertado... La señorita Consuelo no debe tardar... pero qué digo?... Señorita no... no... mi hija... mi hija, y ese pobre inocente á quien voy á dar un beso, es tambien mi hijo, mi nieto querido... *(Entra en la cabaña.)*

ESCENA II.

EL CONDE DE FALERMO.

Aquí debe ser donde el Marqués me ha dicho que le espere... Sí, aquella será la cabaña del montañés. Verdaderamente la posicion en que me encuentro es demasiado difícil para que se prolongue por mas tiempo... Hace dos meses que murió mi padre, y el juego ha devorado mi fortuna... los acreedores me asedian... y esas malditas letras que firmé hace quince dias con un nombre supuesto, no me dejan dormir. El dia de su vencimiento se descubrirá la verdad y entonces... oh!... entonces la justicia entenderia en el negocio... En tal apuro recordé que el Marqués y mi padre eran íntimos amigos, que habian acordado un matrimonio de conveniencia entre la hija de aquel y mi interesantísima persona; póngome en camino inmediatamente, juzgando que solo este matrimonio podria cambiar el aspecto de mis negocios, pero por una fatal combinacion se me presentan dos inconvenientes. La niña parece que está perdidamente enamorada de su hermano de leche, de ese montañés; y el padre quiere llevar su abnegacion estúpida, si son ciertos los amores, hasta el estremo de admitir como yerno á ese hombre oscuro, plebeyo, sin

títulos y sin porvenir, y todo en perjuicio mio. Ademas, el Marqués durante su emigracion tuvo en Italia unos amorcillos de lance, y hoy se le mete en la cabeza legitimar á cierto retoño que debe existir de aquellas relaciones. Su conciencia se lo dicta asi, y á mí la mia y mi propia conveniencia me dictan otra cosa muy distinta. Será preciso poner hoy mismo en ejecucion el plan que medito hace dias, y no retrocederé... Si no, estoy perdido sin remedio... mi gente aguarda una señal... y me obedecerá ciegamente... Oigo pasos... el Marqués... disimulemos.

ESCENA III.

El Marqués.—El Conde.

Marq. Siento, amigo mio, haberos hecho esperar; pero me era preciso averiguar si mi carta fué llevada á Italia, como os dije, por la persona á quien yo se lo encargué.

Conde. Y sabeis si efectivamente?...

Marq. Sí, Conde: ha debido salir de Paris hace quince dias, y no deteniéndose en el camino, hoy mismo debo estrecharle en mis brazos. Pero tal vez no se habrá determinado á hacerlo tan pronto, por temor de atravesar en estos momentos un país que tantos peligros ofrece con la guerra civil.

Conde. Y si no viniese, si el deseo que debe esperimentar de saber á quién debe la existencia fuese menos poderoso que el temor de entrar en España, persistireis en la idea de darle vuestro nombre?

Marq. Mi carta nada le anunciaba de positivo; era demasiado vaga... Venid, le decia, y sabreis cosas importantes, relativas á vuestro orígen...

Conde. Si yo fuese huérfano, y una carta igual ó parecida llegase á mis manos, atravesaria veinte

campos de batalla por saber inmediatamente el nombre de aquellos á quienes debia el sér.

MARQ. Ya sé que sois valiente y generoso, Conde!... Pero calculad que yo no tengo derecho alguno para ofenderme de su tardanza. Yo le negué mi nombre al nacer, y su pobre madre murió con este desconsuelo.

CONDE. Esas cosas se ven todos los dias...

MARQ. Si se ven todos los dias, no por eso dejan de ser crímenes. El hombre que abusa de su posicion, de su inteligencia ó de su fuerza para engañar á una pobre mujer, comete una tan grave falta, que todos los remordimientos de la ancianidad no pueden repararla. Si dentro de ocho dias Fernando no está aquí, si no le he podido nombrar públicamente mi heredero antes de que seais el esposo de mi hija, iré á Francia, encontraré á mi hijo, se vendrá conmigo, y será un combatiente mas en favor de la buena causa:

CONDE. Y persistís en la idea de que yo tambien abandone á vuestra hija el dia mismo de nuestra boda para ir á defender la de Felipe V?

MARQ. Seguramente.

CONDE. Y si la muerte...

MARQ. Los hombres de otros tiempos eran mucho mejores que nosotros, querido yerno; no se les ocurrian semejantes reflexiones, cuando se trataba de defender la patria ó las libertades de de su país. Si yo fuese jóven aun, os seguiría al campo de batalla.

CONDE. Debeis comprender, Marqués, que solo el interés que me inspira nuestra querida Consuelo...

MARQ. Tambien os tengo dicho, Conde, que para merecerla dignamente, es necesario ser tan valiente y tan leal como lo fué vuestro padre... Pero ocupémonos del asunto que nos conduce aquí.

CONDE. Marqués!

MARQ. Si mis temores son fundados, si mi hija retarda todos los dias su matrimonio con vos, si ama como presumo, á su hermano de la infancia, me creeria entonces castigado por Dios. Si,

Conde; el que siembra en su juventud el deshonor, tarde ó temprano recoge sus amargos frutos.

CONDE. Vuestras sospechas no favorecen en nada á Consuelo. Me conoce apenas, solo hace un mes que llegué de Madrid, que me vió por la primera vez, y no es estraño retroceda ante una union que las circunstancias precipitan; pero no puedo creer jamás...

MARQ. Si esto no fuese así, os devolveria vuestra palabra, y vos á mí la mia. Mi hija será la esposa de aquel á quien ame. Francisco es un hombre honrado, y yo no la impondria mas castigo que vivir en la cabaña de su esposo. Sí, consintiera sin murmurar, con júbilo estrecharia en mis brazos el primer nieto que debiese á su cariño.

CONDE. Vuestro liberalismo es ciego, Marqués.

MARQ. Ay! Conde! Conde! cuán desgraciado soy!... Anciano estoy pagando los errores y desaciertos de mi juventud. Sed siempre digno de vos, y cuando la noche de vuestros dias llegue á encanecer vuestros cabellos, no tendreis los remordimientos que hoy martirizan mi corazon. Entremos, pues. *(Se dirige á la puerta de la cabaña.)*

CONDE. *(Aparte.)* Es preciso que todo quede concluido esta noche. Ya es tiempo, porque este viejo está loco.

ESCENA IV.

Dichos.—MARGARITA.

MARG. Quién llama?... Cielos!... El señor Marqués.

MARQ. Mi hija Consuelo vendrá esta noche?

MARG. *(Turbada.)* Vuestra hija, señor Marqués?... vuestra hija?... Cómo me haceis semejante pregunta, sabiendo que estos montes están invadidos por partidarios del Archiduque?

MARQ. Te hago esta pregunta, Margarita, porque sé positivamente que mi hija viene á tu cabaña todas las tardes al anochecer, y que el que la acompaña á su vuelta no teme á los partidarios tampoco.

MARG. Por Dios, señor Marqués, no creais nada... Es cierto que una ó dos veces la señorita Consuelo ha venido aquí, y que mi hijo Francisco la ha acompañado á su regreso al castillo, pero su único objeto fué siempre visitarme ó traerme algunos de los regalos que debo á su generosidad.

MARQ. Veis cómo no me engañaba?... Conde, mirad esa pobre mujer cómo trata de disculparse.

MARG. Yo no me disculpo, señor Marqués. De qué quereis que me disculpe?... Estoy temblando, porque mi Francisco no ha vuelto aun... ademas habeis llamado tan fuerte!...

MARQ. Tranquilízate, y sírvenos un vaso de leche... aquí aguardaremos á Francisco.

MARG. A esperarle?... Es que... regularmente no vendrá... sí, ahora recuerdo que me dijo que esta noche se quedaria en el pueblo.

MARQ. Está bien. *(Bajo al Conde.)* Quiere alejarnos... Venid, estoy seguro que antes de una hora sorprenderemos en este sitio á Consuelo: mi criado no me engañó... voy comprendiendo que habeis venido de Madrid inútilmente: sin embargo, empeñada mi palabra á vuestro padre, hubiera deseado...

CONDE. No está todo perdido, Marqués; nada sabemos de cierto aun, y yo... Oh! yo adoro á Consuelo cada vez mas.

MARQ. Venid, nos ocultaremos en este bosque. *(A Margarita que no se ha movido de la puerta de la cabaña.)* Hasta la vista, Margarita.

CONDE. *(Aparte.)* Antes de una hora mis gentes estarán aquí. *(Al Marqués.)* Dadme vuestro brazo, apoyaos en el mio; aun soy vuestro hijo, Marqués.

ESCENA V.

MARGARITA.—*Despues* CONSUELO.

MARG. Estoy muerta!.. El Marqués lo sabe todo sin duda y hará matar á mi Francisco... Ah! yo no he debido permitir... pero cuando supe su amor era demasiado tarde para oponerme... Y mi hijo no parece... Consuelo no viene, y el Marqués ha reparado en mi turbacion... Quizá vuelva cuando su hija esté aquí... Dios del cielo!... Qué va á suceder si averigua que Consuelo es madre... Ah!.. es ella... protéjenos, Dios mio!... (*Se precipita hácia Consuelo que baja de la montaña.*) Hija mia!... hija mia!... parte... huye... no te detengas un instante ó somos perdidos.

CONS. Me asustas, Margarita: qué quieres decir?

MARG. Lo que quiero decir es, que vuestro padre ha estado en este sitio hace un instante, que ha preguntado por vos, y que tal vez en este momento nos espía... hablemos bajo... he temido que os encontrase en el camino, pero felizmente habeis tomado el de la travesía.

CONS. Y no has visto pasar por ese lado un jóven vestido de negro?

MARG. Oh!.. sí por cierto... Me preguntó por el camino del castillo.

CONS. Y yo acabo de encontrarle. Al pasar me saludó respetuosamente sin decirme una palabra. Será tal vez algun amigo á quien mi padre habrá hecho llamar. De todos modos debe ser un hombre de valor; viajar solo... á estas horas... y por este pais...

MARG. Y vos, no sois la mas valiente de todas las mujeres?... Cada vez me envanezco mas de haber sido vuestra nodriza... pero esa tranquilidad me espanta; vuestro padre...

CONS. Y mi hijo, Margarita?...

MARG. Dios nos proteja!... hablemos bajo.
CONS. Pero mi hijo?...
MARG. Allí está... el ángel continúa dormido.
CONS. Y Francisco no ha venido todavia?
MARG. Gracias al cielo. El señor Marqués quiso esperarle, y yo le he dicho que esta noche se quedaria en la aldea... Dios quiera que por casualidad haya acertado.
CONS. Pero no le ha sucedido nada?
MARG. Y qué quereis que le suceda, cuando es querido de todos en el pais?.. Sin embargo, su tardanza me inquieta... vamos, hija mia... vais á dar un beso á vuestro hijo, y á marcharos en seguida, no es cierto?
CONS. No; debo esperar á Francisco.
MARG. Pero, y vuestro padre?...
CONS. Que venga; prefiero revelarle en este sitio la verdad.
MARG. Vírgen María!... nos matará á todos.
CONS. No, Margarita: colocaré á mi hijo en sus brazos, y á mi lado tú, yo te prestaré el valor de que careces... Ay! antes de mi falta tenia miedo... mucho miedo... el silbido del viento entre los árboles me hacia temblar... culpable, fuí mas tímida aun, y me estremecia al menor ruido... madre, recobré toda mi energia, porque llevaba en mis entrañas el perdon de Dios. Y si mi padre no hubiera vuelto de Búrgos, acompañado de ese hombre, á quien segun parece se me destina por esposa, desde el primer momento yo misma le hubiera confesado mi falta... pero he temido, he temblado herir al anciano en su orgullo de hombre y en sus esperanzas de amigo. Sin embargo, es preciso que esto acabe de una vez... es necesario que Francisco y yo nos presentemos á mi padre, llevando á nuestro hijo en los brazos: él nos servirá de escudo... Cada dia de precauciones, de intranquilidad y de temores, arrebata un mes á nuestra existencia, y hoy tenemos necesidad de vivir, sí, de vivir para nuestro hijo... ya lo ves, Margarita, prefiero que todo se decida esta noche á dejar para mañana el desenlace de

una escena que puede verificarse hoy mismo.

MARG. Ah!.. Hija mia!.. hija mia!.. el cielo nos preserve de los males que nos amenazan.

CONS. Nada temas y vamos á ver á mi hijo; quiero darle un beso. Ah! espera... es Francisco... mi Francisco. (*Corre á su encuentro.*)

ESCENA VI.

Los mismos.—FRANCISCO.

FRANC. Consuelo!... en mis brazos... asi... sobre mi corazon!.. será cierto que esta mujer me pertenece!... Mia... mia!.. del hombre sin fortuna, del oscuro montañés!.. es cierto que me pertenece esa mirada llena de amor y de ternura, que debe hacer suspirar á los ángeles!.. Oh!.. sí, sí... un abrazo para tí tambien, madre adorada... pero estais inquietas, pálidas ambas... No receleis nada, no... nadie vendrá á insultar al castillo ni á la cabaña, no por temor al castillo ni á la gente armada que lo defiende, sino por respeto á la cabaña donde habita Francisco el montañés.

CONS. Qué quieren decir estas palabras?

FRANC. Nada... sino que amándote, mi inteligencia se ha engrandecido, y que llegará un dia en que dignamente pueda ofrecerte un nombre igual al de tu padre.

CONS. No tientes á Dios, Francisco, y si algun pensamiento ambicioso se agita en tu mente, recházale ó me harás creer que no me amas tanto como debieras.

FRANC. Bien, bien... madre mia, dejadnos por un momento.

MARG. Por qué no venís conmigo?

FRANC. Tengo que decir dos palabras á Consuelo.

MARG. Hija mia, ya sabes que pueden volver... aconséjale que hable bajo. (*Váse.*)

FRANC. Quiénes son esos que pueden volver, Consuelo?

por qué mi madre te encarga que hablemos bajo?

CONS. No hace una hora que mi padre y el Conde han estado aquí.

FRANC. Cómo!.. habrán sorprendido nuestro secreto?

CONS. Tal vez.

FRANC. Desgraciado de mí!..

CONS. Por qué?

FRANC. Por qué?

CONS. Sentémonos. (*Consuelo se sienta al pié de un árbol; Francisco á sus piés.*) Te dije ayer que esta vida de secreto, de temores y de sobresalto, era una carga demasiado pesada, y que deseaba concluir; que para ello era preciso buscar á mi padre, á quien he ofendido, amándote sin su consentimiento, arrojarnos á sus plantas, y presentarle en nuestros brazos el hijo de nuestro amor.

FRANC. Sí, Consuelo; pero aun no es tiempo oportuno...

CONS. Cómo...

FRANC. Vuelve en tí, pobre niña, y no te hagas ilusiones... crees que tu padre, el Marqués de Masarrá... Ah! no... tú quieres decirle que su hija ha amado al hijo de su nodriza, al pobre montañés... y crees que te abrirá sus brazos? Cuánto te engañas!... El no comprenderá nunca este amor inmenso que brotó en mi corazon fascinado por tus encantos, y que elevó mi inteligencia al nivel de la tuya. Espera, espera, pobre niña... El quiere unirte al Conde... rechaza esa union... lucha si es necesario... pero ni una sola palabra que pueda descubrir nuestro secreto... La hora de la revelacion vendrá mas tarde.

CONS. Ah!.. habla... habla francamente. Tú meditas algun proyecto fatal... Sí, sí, tú no me amas, ni amas tampoco á nuestro hijo!...

FRANC. Que no te amo!... Cuando éramos niños, en esa edad encantadora en que la igualdad es mas que una vana palabra, no me viste siempre convertirme en juguete tuyo por solo admirar tu dulcísima sonrisa? Mas de una vez, cuando tus caprichos no eran satisfechos inmediatamente, no me has visto insultar con la rabia de la pue-

rilidad á todo el mundo y arrostrar con ceño adusto la cólera de mi madre? Cuando ya no me era permitido participar de tus juegos; cuando tu título y tu fortuna te separaron del pobre montañés, no me arrodillaba siempre al verte aparecer como en presencia del ángel de mis ensueños?.. Pero si tu amor elevó mi inteligencia y pude sostener dignamente tu dulce y encantadora mirada, estrechando tu mano entre las mias; si despues ese ángel que duerme en el fondo de la cabaña nos ha unido delante de Dios, mejor aun que nuestro mismo cariño, por tí y por él debo conquistar un nombre. La guerra civil empieza... el Archiduque y Felipe se disputan la corona... es una guerra espantosa... pero qué me importa á mí?.. Yo no quiero que desciendas hasta el montañés, sino que te eleves hasta el general.

CONS. Pues bien, vuelvo á repetirte que estás loco y que no me amas... El amor para tí, Francisco mio, debe ser esclusivo para tu mujer y para tu hijo... Sí, sí, los tres... los tres... con tu anciana madre en esa cabaña, que tan hermosos recuerdos tendrá para nosotros... Yo no quiero grandeza, posicion, ni fortuna... Si lo hubiera querido, no seria tu mujer... no ambiciono un esposo de elevada cuna, porque si asi fuera mis manos no se hallarian entre las tuyas... Yo te quiero á tí... al montañés... al hombre sin títulos y sin fortuna... General, no serias enteramente mio, pertenecerias igualmente al rey Felipe, ó al Archiduque Cárlos, y la mujer que ama con el delirio que yo, no puede dividir el cariño de su esposo sino con Dios que le bendice desde el cielo.

FRANC. Tranquilizate, adorada Consuelo mia: tu egoismo te ciega y en tus nobles sentimientos juzgas á todos tan buenos y tan santos como tú lo eres. *(El Marqués y el Conde, que han estado espiándolos, aparecen ocultos entre los árboles en lo alto de la montaña.)*

CONDE.. Ya lo ois, Marqués; persistireis aun en vuestra idea?..

MARQ. Si, Conde... mas que nunca: mi orgullo de noble debe ceder ante la felicidad de mi hija...

CONDE. No cometais alguna imprudencia: volvámonos al castillo... mañana será tiempo...

MARQ. No... ahora mismo: quiero estrecharlos en mis brazos... bendecir su amor.

CONDE. Entonces... vamos: os acompaño. (*Aparte al desaparecer de la escena.*) No me queda otro recurso... cúmplase su destino.

CONS. En fin, no me permites que le descubra hoy á mi padre!..

FRANC. Espera, espera aun: todavia no es tiempo; vamos á dar un beso á nuestro querido Victor. (*Se levantan del tronco del árbol y se dirigen á la cabaña.*)

MARQ. (*Dentro.*) Ah!.. traidor... asesino... socorro...

FRANC. Ese grito!.. lo has oido, Consuelo?..

CONS. Sí, sí... por ese lado.

FRANC. Corramos. (*Sale por la derecha.*)

CONS. Dios mio... Dios mio!.. qué podrá ser... Margarita, Margarita... pronto!.. (*Sale Margarita de la cabaña.*)

ESCENA VII.

FRANCISCO.—EL CONDE DE FALERMO.

FRANC. (*Retrocediendo.*) Miserable... pronto... un arma cualquiera. (*Dirigiéndose á la cabaña.*)

CONDE. (*Con una pistola en la mano.*) Silencio... Silencio...

CONS. (*Deteniendo á Francisco.*) Detente, Francisco... detente...

FRANC. Desgraciada!.. ese grito que has escuchado... Tu padre...

CONS. ¡Padre mio!...

CONDE. (*Disparando.*) Yo le vengo... (*Francisco cae.*)

MARG. Mi hijo!.. Mi hijo!.. (*Arrojándose sobre él.*)

CONS. Jesus... Jesus mil veces!..

CONDE. *(Aparecen varios hombres que salen del bosque.)* A mí... llevad esas mujeres... El amante de la una, que es el hijo de la otra, acaba de asesinar al Marqués de Masarrá.

MARG. Oh! dejadme, dejadme!..

CONS. *(Forcejeando.)* Padre... padre mio!... *(Cae el telon.)*

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

LA LOCA.

Salon amueblado con lujo: á la izquierda, la habitacion de Consuelo.—Puerta en el fondo, ventana ó balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO, *sola*.

Hoy hacen doce años y ocho dias!... sí, doce años... doce años.. doce años... Aun está la cuna vacía... Es singular!.. Margarita tanto tiempo ausente con él... doce años!... Y Francisco que no vuelve tampoco!.. Dónde están?.. Ah! si... en el bosque, y yo los espero aqui en la puerta de la cabaña... meceré entretanto la cuna de mi hijo... pero si está vacia!... no, no... le veo... allí está: Victor!... Victor!... No me responde!.. me engañé... Siempre así!.. Doce años!.. Cuánto ha crecido!... qué hermosos cabellos!.. voy á peinar sus rizos, á estrecharle en mis brazos... á cubrir con mis besos su boca angelical... nada... nada... tengo mucho mal aquí (*Señalando la cabeza.*) y en los ojos... se abrasa mi corazon... y una nube eterna oscurece mi vista... una nube que quisiera

arrancarme... Sí, si, doce años y ocho dias!.. los cuento uno por uno!.. Oh.. quitadme esta venda... esta venda que me impide ver... Ah! si... bien... bien... estoy en Madrid... me lo dijeron ayer!.. Con mi marido... mi marido es Francisco... Francisco el montañés... mi hermano de la infancia... ellos dicen que el Conde... no... no, nunca, jamás... Ah! ahora lo recuerdo... la noche... esos tiros... mentis... Francisco no es un asesino... Ah! socorro!.. Dejadme... mi hijo... dónde está mi hijo... (*Se dirige á la puerta del fondo. El Conde aparece en el dintel.*)

ESCENA II.

CONSUELO.—EL CONDE.

CONDE. Qué teneis, Consuelo? A dónde vais?

CONS. Nada... dejadme!.. marchaos de aqui!.. no os amo, ni os amaré nunca... vos no sois mi Francisco.

CONDE. Sentaos, Consuelo, y procurad tranquilizar vuestro espíritu... soy vuestro esposo; el amigo, el vengador de vuestro padre.

CONS. No, yo quiero á Francisco.

CONDE. Bien; pero escuchadme y procurad comprenderme... Ese Francisco de quien me hablais siempre, era un criminal que en cierta noche y en presencia mia asesinó á vuestro padre...

CONS. Mentís!...

CONDE. He dicho la verdad!.. Los tribunales pronunciaron ya su sentencia, despues de recibir mi declaracion.

CONS. Mentira... infame mentira... Francisco no fué asesino... Quieres ver á nuestro hijo?.. ven, allí está... pero silencio, no hagas ruido... duerme en la cuna... silencio!.. silencio!..

CONDE. Vos no habeis tenido hijos, Consuelo...

CONS. Sí, uno... bello como un ángel... preguntádselo á Margarita.

CONDE. Margarita ha muerto: la noche del asesinato del Marqués, fué victima de una fiebre que la condujo al sepulcro.

CONS. Margarita!.. ah!.. si... vos sois tambien su asesino!.. asesino!..

CONDE. Tranquilizaos, Consuelo; yo soy vuestro mejor amigo... venid, sentaos otra vez... (*Llevándola de la mano.*) Decidme, os acordais bien de vuestro padre?

CONS. Sí... mi padre!... Esta noche me arrojaré á sus pies... le confesaré mi falta y... me perdonará...

CONDE. (*Aparte.*) Qué idea!.. Ahora tal vez hable: sí... sí... Consuelo, iremos juntos y...

CONS. Con Francisco?.,.

CONDE. Sí, con Francisco... pero bien sabeis que él desea encontrar el tesoro.

CONS. Qué tesoro?...

CONDE. Un tesoro, un secreto donde vuestro padre escondió la mayor parte de su fortuna, realizada hace tiempo... oro... pedrería... Sabeis el sitio donde esto se encuentra?.. decídmelo... decídmelo y vuestro padre os perdonará.

CONS. El tesoro!.. ah! sí... yo sé dónde se encuentra el tesoro...

CONDE. Oh!... gracias á Dios!... Dónde, Consuelo, dónde?..

CONS. Allí... el tesoro es la cuna de mi hijo...

CONDE. (*Agarrándola por el brazo.*) Consuelo!..

CONS. Ay!.. que me haceis mal... soltadme... soltadme...

CONDE. Entrad en vuestro cuarto. Cuando me reveleis ese secreto os presentaré á vuestro hijo. (*La hace entrar en su cuarto.*)

ESCENA IV.

EL CONDE, *solo.*

Qué vida!.. esto es un infierno... Doce años hace que es mi mujer, y ni un solo rayo de luz ilumina su razon extraviada, que no sea para maldecirme!.. Dios me castiga... Dios venga al

Marqués... Dios venga á esta mujer y á su amante, sacrificado en aquella noche terrible!.. Fué preciso!.. un dia mas, y tal vez todo se hubiera perdido!... Empeñada mi palabra con Darmstadt y Petersborough en favor del Archiduque, me hubiera sido imposible cumplirla viviendo el Marqués: muerto ya y aprovechándome de la locura de su hija, conseguí hacerla mi mujer; pero habiendo desaparecido las tres cuartas partes de su fortuna, el resto bastó apenas para pagar mis deudas... Conciencia!.. remordimientos!.. já! já!.. palabras, nada mas que palabras... Si existiera la conciencia, si los remordimientos fueran una verdad, qué seria de mí?.. Esa fortuna!.. El Marqués debió esconderla en algun sitio, y su hija sabe el secreto!.. Pero está loca y no puedo sacar ningun partido... Probaremos con ese célebre médico que hace un año tiene asombrada la capital con sus maravillosas curas, á las que dan el título de milagros... Puede ser que consiga volverla la razon... Y si me acusa?.. Oh! pagaré espléndidamente á ese hombre y compraré su silencio. Ocho dias aun, esperaré ocho dias, y si no consigo saber dónde se esconde esa fortuna, demoleré el castillo piedra por piedra hasta que la encuentre... «Mi hijo!.. mi hijo!..» repite á cada momento... de qué niño querrá hablar?.. habrá sido efectivamente madre?... Oh! no no, no!.. Lo habrá soñado en sus delirios!.. sueños de loca y nada mas...

UN CRIA. Señor Conde, el doctor Fernando, á quien habeis enviado á llamar, está ahi.

CONDE. Que entre al momento. Veamos qué clase de hombre es este doctor... Vamos, serenidad.

ESCENA IV.

EL CONDE.—EL DOCTOR.

DOCTOR. Señor Conde, recibí esta mañana una carta y vengo á ponerme á vuestras órdenes.

CONDE. Sentaos, señor Doctor. La persona para quien reclamo vuestros auxilios, es una mujer loca hace doce años.

DOCTOR. Doce años?.. y esa mujer es jóven todavia?

CONDE. Jóven, sí, señor.

DOCTOR. Algun gran dolor habrá paralizado su inteligencia?... ha presenciado algun suceso terrible?

CONDE. Exactamente.

DOCTOR. Y en todo ese tiempo ningun otro facultativo ha intentado su curacion?

CONDE. Os confesaré, Doctor, que no hemos podido dedicarnos anteriormente de una manera formal á poner en cura á la enferma, porque la pobre se encontraba entonces en medio de un pais donde la guerra era mas sangrienta: yo me casé con ella por deber, creyendo que mis cuidados y esmero serian suficientes á devolverla la razon.

DOCTOR. Habeis hecho muy mal, señor Conde, enlazándoos con una mujer que no tiene la conciencia de sus palabras. La locura es una circunstancia que invalida el matrimonio.

CONDE. (*Sonriendo.*) Señor Doctor, creo que os hice venir aqui como médico, no como juez ni consejero.

DOCTOR. Señor Conde, el médico es á la vez juez y sacerdote: confiesa, absuelve ó condena, porque el sacerdocio del ministerio que ejerce le da este doble derecho.

CONDE. No sois español, caballero?

DOCTOR. Yo no soy de ningun pais... La ciencia es soberana del mundo.

CONDE. Entonces comprendo que ignoreis que hay en

la existencia de los hombres que viven en la elevada sociedad obligaciones que forzosamente deben satisfacerse. A la muerte del padre de esa niña, yo era el único apoyo que la quedaba sobre la tierra; ademas su padre tenia mi palabra de que cumpliria con los deberes de una antigua amistad, y si hoy me pertenece la hija, he respetado su situacion dedicándome únicamente á protejerla como pudiera hacerlo un hermano.

Doctor. Siendo así, señor Conde, nada tengo que replicar; porque en la tierra, y sin necesidad de pertenecer á esa elevada sociedad que decís, creo muy posible verse obligados muchas veces por las circunstancias á obedecer en la apariencia á Dios, desobedeciéndole en realidad... pero volviendo á nuestra enferma... podré verla?

Conde. No creeis suficiente una simple relacion de sus padecimientos? No os seria posible solo con esto indicar un plan?

Doctor. Eso depende del carácter y antecedentes de la enfermedad... En fin, veamos de qué proviene su locura?

Conde. Hace poco tiempo, mi querido Doctor, que os hallais en la capital, y vuestra reputacion es brillante... Sin embargo, la reputacion no suele ser la fortuna, y vuestro mérito no ha tenido aun tiempo suficiente para enriqueceros.

Doctor. No comprendo!.. y esas reflexiones...

Conde. Estas reflexiones no están demas. Me esplicaré... Hay á veces en las familias secretos profundos, misterios estraños, apariencias estravagantes, que sin embargo tienen visos de verdaderas... Cuando el facultativo es llamado para curar á una loca, él, mas que ningun otro está obligado á reservar como en secreto de confesion las palabras que pueden parecerle estrañas; así pues, creo que antes de empezar la cura se halla en el deber de empeñar su palabra de que no tratará de profundizar como hombre las espresiones que escuchará como facultativo... Aquí teneis este bolsillo... por vues-

tra primera visita, y creo que me habreis comprendido...

DOCTOR. Cómo!.. caballero!.. no acostumbro nunca á recibir dinero adelantado; ademas tampoco empeño mi palabra en ciertos negocios, de los cuales solo mi conciencia es la única apreciadora... os saludo, señor Conde!..

CONDE. Esperad, Doctor... Cuando el Conde Falermo exije su palabra á un hombre honrado, con el objeto de que no revele á nadie las imprudentes palabras que pueden desprenderse de los lábios de una loca... y esta loca es la hija del Marqués de Masarrá, es porque el honor del padre y de la hija están altamente interesados en el silencio... pero qué teneis?..

DOCTOR. Nada... nada... La emocion de esta singular escena!.. No habeis dicho que esa pobre jóven era la hija del Marqués de Masarrá?..

CONDE. Es cierto.

DOCTOR. Oh! Ofrezco curar á la Condesa.

CONDE. Me lo prometeis formalmente?

DOCTOR. Señor Conde, lo intentaré con todo empeño. Hacedme ahora la relacion que me habeis ofrecido, y que es el fundamento de su locura.

CONDE. Hace doce años vivia yo en Madrid... pertenecia entonces al partido del Archiduque Cárlos, del que me separé luego, porque llegué á cobrar ódio á los horrores de la guerra civil... El Marqués de Masarrá me miraba como un tutor cariñoso, porque habia sido el íntimo amigo de mi padre, al que empeñó su palabra de enlazarme con su hija en tiempo oportuno... Al cabo de algun tiempo le acompañé á su castillo situado á la falda de los Pirineos en las montañas de Cataluña, precisamente en los momentos en que la guerra civil estalló por aquel sitio con todo su furor.... El venerable anciano tenia la cabeza un poco... yo diria ligera, si no temiese insultar su memoria... Ya estaban hechos todos los preparativos de mi boda con su hija Consuelo, cuando una noche el desgraciado Marqués fué asesinado delante

de su hija, por el hermano de leche de esta última... Pero qué teneis, Doctor?

DOCTOR. Que hace aqui un calor insoportable!... permitidme que abra este balcon. (*Aparte.*) Providencia!... Cada vez me convenzo mas de que no eres una vana palabra!.. Continuad, señor Conde.

CONDE. La noche del asesinato, Consuelo se volvió loca!.. y despues, hé aquí lo mas estraño, Doctor, la desgraciada está persuadida de que ama al asesino de su padre... No es cierto que es una locura original?.. Se imagina que tiene un hijo de aquel malvado, lo llama, en todas partes lo busca, quiere que se lo presente; me insulta, me amenaza, y no se calma hasta que la hablo de su padre.

DOCTOR. Pero y el asesino del Marqués?

CONDE. Presencié el crímen, y aunque no me fué posible impedirlo, logré al menos castigar al infame... Murió á mis manos.

DOCTOR. En el mismo sitio?

CONDE. En el mismo.

DOCTOR. Estais seguro?

CONDE. Tan seguro como puede estarlo el que dispara un pistoletazo á boca de jarro sobre un hombre, y le vé caer sin proferir una palabra. Despues los testigos justificaron mi declaracion... Por lo demas, creo que al matarlo le hice un señalado servicio, pues de otro modo el verdugo hubiera ocupado mi puesto.

DOCTOR. Y la locura de la Condesa consiste en buscar y reclamar un niño?

CONDE. Sí, Doctor.

DOCTOR. Es absolutamente preciso en el tratamiento de la enagenaciones mentales satisfacer, siempre que sea posible, los caprichos de los enfermos. La esperiencia demuestra que los resultados son generalmente satisfactorios: dadle flores al loco cuando las pida, frutas cuando las desee... por qué no habeis presentado un niño á la Condesa?

CONDE. Vos creeis?...

DOCTOR. Creo que la presencia de un niño dulcificaria

sus sufrimientos; y que si quereis obtener algunas palabras de razon en la pobre loca, lo conseguireis positivamente de este modo.

CONDE. Ah! si acertáseis, si fuera cierto lo que me decís... mi fortuna no seria bastante á pagar vuestro consejo... pero, qué niño la presentaremos?...

DOCTOR. El primero que se proporcione; pero que tenga una figura agradable... que sea bonito si es posible... callad... ahora recuerdo que en la puerta de la iglesia que hace esquina á esta calle he visto uno pidiendo limosna con un pobre ciego, y por cierto que el muchacho era guapísimo... Podríamos hacer un ensayo: mandad á uno de vuestros criados que vaya á buscarle y que lo conduzca aquí... El ciego, probablemente por una limosna que le deis, consentirá en separarse algunos momentos de su lazarillo.

CONDE. Voy yo mismo á buscarlo. (*Váse.*)

DOCTOR. (*Solo.*) Dios poderoso, ya que me proporcionais lo ocasion de esclarecer en parte este misterio de sangre, del que fuí testigo en aquella terrible noche, que no se destruyan mis esperanzas!... Al lado del Marqués no habia otro cadáver ni otra persona cuando llegué al sitio de la catástrofe, atraido por el tiro; solo divisé un hombre que corria por el bosque con un niño en los brazos: aquel era sin duda el criminal á quien erró el Conde... Ah! y esta carta que llevo siempre sobre mi corazon... Muerto el Marqués, nadie ha podido revelarme aun lo que en ella se me ofrecia. Oh! esta vez... esta vez... seré engañado nuevamente?

ESCENA V.

EL DOCTOR.—VICTOR.—EL CONDE.

CONDE. Entra, amiguito, entra: no temas nada... te daremos alguna cosa para el pobre ciego.

VICTOR. Gracias, buen señor, gracias!

CONDE. Es este el muchacho que deciais?

DOCTOR. El mismo, señor Conde.

CONDE. Ahora, qué es preciso hacer?

DOCTOR. Buscar á la Condesa, traerla aquí, y dejarla sola con este niño, al que voy á dar instrucciones, no cometa alguna torpeza.

CONDE. Y creeis que despues de verle, un rayo de inteligencia despejará su razon?

DOCTOR. Así lo creo.

CONDE. (*Aparte.*) Está bien... un momento... solo un momento de razon es lo que necesito. (*Váse.*)

DOCTOR. Cómo te llamas, hermoso niño?

VICTOR. Victor, señor, para serviros.

DOCTOR. Y qué haces en esta ciudad?

VICTOR. Guio á mi pobre padre, ciego; lo conduzco á la puerta de las iglesias, y vivimos de las limosnas que la caridad de Dios nos envia.

DOCTOR. Y no has deseado nunca un asilo para tu padre y una profesion honrosa para tí?

VICTOR. Ah! noble señor! asilo pido al cielo todos los dias!... Es tan triste pedir limosna cuando se tienen corazon y brazos para trabajar!

DOCTOR. Cuánta inteligencia, y cuánta miseria!... Hermoso niño, ese asilo para tu padre, esa profesion honrosa para tí, yo os las prometo, si obedeces las instrucciones que voy á darte.

VICTOR. Ah! Caballero, si me asegurais que mi padre no tendrá mañana que mendigar su pan, disponed de mí hasta la muerte.

DOCTOR. Una señora va á entrar en esta sala... una gran señora... te creerá su hijo... y tú la llamarás madre.

VICTOR. Madre!... y quereis recompensarme por decir esa palabra?.. Ah! caballero, hace tanto tiempo que espero una ocasion para pronunciar verdaderamente ese dulce nombre!

DOCTOR. No has conocido la tuya?

VICTOR. La mia?... nunca, señor, nunca!... pero debe existir aun, y todas las noches mi padre y yo oramos por ella. Vos que sois tan bueno, si quisiérais escuchar un instante á mi padre, él os contaria muchas cosas...

DOCTOR. Calla, hijo mio, ella viene.

ESCENA VI.

Los mismos.—El Conde.—Consuelo.

Conde. Consuelo, desechad la tristeza... aquí hay un niño...

Cons. Un niño!...

Conde. Sí, miradle.

Doctor. (*Aparte.*) Cielos!.. esta mujer es la que yo encontré aquella noche en el camino del castillo!..

Cons. Un niño!.. crecido... muy crecido... tiene doce años... no es verdad, hijo mio, que tienes doce años?

Victor. Sí, sí, madre mia!..

Cons. Su madre!.. lo habeis oido, señores... es mi hijo!.. Dejadme, por Dios, dejadme con él...

Doctor. Venid, señor Conde, venid! (*Vánse.*)

Cons. Cierra la puerta... cierra la puerta, Victor mio, y ven al lado de tu madre...

Victor. Su Victor ha dicho!... Sabe mi nombre!..

Cons. Por qué no te acercas?.. mas, mas aun... tienes miedo!... pobre hijo mio!.. ven, ven, yo estoy muy mala de la cabeza y tú tienes la culpa... te he esperado tanto tiempo... sufro mucho... por qué has tardado tanto en venir?

Victor. Madre mia!..

Cons. Lloras?.. por qué lloras tú, ángel mio? yo no quiero que tú llores... mírame á mí qué alegre estoy...

Victor. Ah! Si supieseis señora, cuán feliz soy en este momento al hallarme en vuestros brazos.

Cons. Señora!.. qué dices?.. yo no soy señora para tí, yo soy tu madre...

Victor. Perdon!...

Cons. Hace tanto tiempo que te separaron de mi lado... Sí, esos malvados... ese hombre que estaba aquí... sabes quién es... es... no... no, tú le dirás que no me atormente... Dice que estoy

loca... no estoy loca... no es verdad, hijo mio, que no estoy loca... y aun cuando asi fuera, teniéndote á mi lado ya no lo seré mas... una madre cuando tiene á su hijo y puede estrecharlo contra su corazon, no puede estar enferma, ni triste, ni loca... Ella podrá llorar como yo lloro, pero es el llanto de la alegria, es el consuelo del corazon.

VICTOR. Os suplico, madre querida, que no lloreis mas...

CONS. No quieres que llore?.. bien... no lloraré... pero en cambio tú no me abandonarás... Cuéntame por qué has tardado tanto... tanto en venir?.. y la anciana Margarita?.. y el... él, mi esposo... Ah!.. diie que venga pronto... sí, que venga á defenderme!.. *(Pausa.)* Voy á pedir á Dios que no te separe de mi lado... Sabes rezar, hijo mio?..

VICTOR. Oh! Sí...

CONS. Dime una oracion.

VICTOR. *(Arrodillándose.)*

Dios mio! tú que riges
el alto firmamento,
que impulso das al viento
si ruge aterrador.
Tú, que con voz potente
refrenas su arrogancia,
das á la flor fragancia
y trino al ruiseñor.
La pena compadece
de un infelice niño,
que implora á tu cariño
sonrisas de bondad.
Devuelve su madre
á la que ausente llora,
á la que amante adora...
¡Piedad, Señor, piedad!...

CONS. Sí, sí... ella te abraza... besa tus cabellos, y te cubre con sus caricias... Qué bonita es la oracion!.. yo la quiero... tú me la escribirás.

VICTOR. No sé escribir.

CONS. No importa... yo te enseñaré.

VICTOR. Qué bondadosa sois! Por eso os quiero tanto y tam-

bien al caballero que me ha hablado de vos, y que me ha prometido socorrer á mi padre.

CONS. Tu padre?..

VICTOR. Es un pobre ciego!..

CONS. Un ciego!.. Tú si que estás loco... (*Una carcajada.*) Já! já, ja! Pero no...es cierto... cierto... (*Terrible.*) Ciego!... ciego!... y esos hombres quieren matarle.... Silencio niño, te matarán tambien!.. Escóndete aquí... pronto... pronto!.. ah!.. dejadme... dejadme... el asesino!.. el asesino!.. (*Cae sentada en el sillon por algunos momentos.*)

ESCENA VII.

Los mismos.—EL CONDE.—EL DOCTOR.

DOCTOR. Retirad el niño con dulzura, y decidla que volverá despues á verlo.

CONDE. Consuelo, vengo á buscar al niño para que cambie de vestido.

CONS. Yo quiero ir con él!.

CONDE. (*Cogiéndola fuertemente por el brazo.*) Consuelo!..

CONS. Por Dios... me haceis daño... mucho daño...

CONDE. No Consuelo, yo no trato de haceros mal. Os suplico que dejeis salir al niño para que le ponga otro trage.

DOCTOR. (*Al niño.*) Amiguito, dila tu que lo deseas tambien.

VICTOR. Madre mia!.. volveré pronto... yo tambien lo deseo...

CONS. Ah!.. bueno... Si tu lo deseas... marcha pues... pero vuelve pronto... muy pronto, porque sino... lloraré mucho, y tu no quieres que tu madre llore.

VICTOR. Vuestra mano para que yo la bese...

CONS. No hijo mio, tu frente.

DOCTOR. (*Yéndose con Victor.*) Vamos... Señor Conde, hasta luego. (*Vanse.*)

CONS. Otra vez me lo arrebatan!..

CONDE. No, Consuelo, volverá; pero para que vuelva es preciso que me digais en qué sitio ocultó su fortuna vuestro padre.

CONS. Y para qué?

CONDE. Para qué... porque esa fortuna me hace falta.

CONS. Ah!.. es cierto... pero esa fortuna la necesito yo tambien...

CONDE. Vos, pobre loca?..

CONS. Sí, sí, la necesito, porque esa fortuna es de... de...

CONDE. De quién?.. acabad?..

CONS. De mi hijo!..

CONDE. *(Tirándola sobre la silla.)* Oh!.. maldicion sobre mí!.. *(Váse.)*

CONS. *(Levantándose.)* Ciego!.. ha dicho que su padre era ciego!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EL CIEGO...

El teatro representa la habitacion del ciego en un arrabal, amueblada pobremente, y con todas las apariencias de la miseria. Al levantarse el telon, el ciego entra por la puerta del fondo, y arroja lejos de si el gorro de lana encarnada y su baston.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, *con el mismo trage que en el prólogo.*

La lluvia me ha hecho retirar de la puerta de la iglesia, y he tenido que venirme sin esperar á Victor.—Tal vez haya venido antes, pero como no tenia la llave, se habrá vuelto; no me encontrará y estará mojándose.—Hice mal en dejarle con aquel caballero, pero no teníamos pan para mañana y me dió una moneda... Sí, una moneda de plata ó de oro... verdaderamente no puedo decir si es oro ó plata... Dónde estará!... Este mundo era antes el asilo de los hijos de Dios... pero hoy... hoy es una caverna de bandidos... Ah! es tan grande mi desventura!—La vista.... la vista.... Dios poderoso, cuando el pobre ciego haya dejado de existir, qué le dareis en cambio... qué, en recompensa de sus martirios y padecimientos?... Los

ojos, esos dos espejos en que se reflejaba vuestro cielo, eran los que le hacian creer en vos, admirar vuestras creaciones... hoy que no le habeis dejado mas que el corazon donde se refleja vuestra caridad... no le queda otra cosa que la esperanza!... Doce años en esta oscuridad eterna!... y mi Consuelo?... Y mi madre?.. Muertas tal vez!... Y no poder dirigirme á la justicia, porque, segun ella, soy yo el asesino del Marqués... Mis enemigos presentaron pruebas, y yo... yo... Qué hará un ciego delante de un tribunal?... un hombre que no puede ver á sus acusadores... un hombre, en fin, que no tiene para convencer mas que los gritos de la desesperacion?... nada... Si los jueces fuesen ángeles!... pero son hombres, y los hombres no pueden comprender la diferencia que existe entre la desesperacion del criminal y la desolacion del inocente. Mi condenacion hubiera deshonrado y perdido á mi hijo, á mi hijo, cuyas fuerzas físicas y morales se desarrollan á mi lado, y que me vengará el dia en que yo pueda revelarle su historia... Pero por qué me quejo? He debido espiar mi falta... necia ambicion!... yo queria adquirir títulos, honores... Sublevé contra mi legítimo soberano la mayor parte de los jóvenes de la montaña.—Han llamado... sin duda es Victor, mi Victor que vuelve al lado de su padre.

ESCENA II.

Francisco.—El Doctor.—Victor.

Victor. Sí, soy yo: no encontrándote en la puerta de la iglesia, calculamos que ya estarias aquí, y este caballero ha querido acompañarme en su carruage.—Si vieras qué bonito es!...

Franc. Un estraño en mi casa!... Perdonad, caballero, al pobre ciego la alegría que esperimenta al es-

cuchar á su hijo... nunca me separo de él... en su inteligencia es donde encuentro la luz de que el cielo me priva.

DOCTOR. Ese trage... de qué país sois, amigo mio?

FRANC. De Cataluña.

DOCTOR. (*Aparte.*) Qué combinacion!... pero no, no es posible: seria demasiada casualidad. (*Alto.*) Hace mucho tiempo que estais ciego?

FRANC. Doce años.

DOCTOR. Doce años!...

FRANC. Por el metal de vuestra voz, caballero, conozco que debeis tener un corazon noble y generoso.

VICTOR. Oh! si. Este caballero es nuestro amigo, y te escuchará todo lo que quieras decirle.

DOCTOR. Habeis sido víctima de algun crimen, ó vuestra desgracia será tal vez un castigo del cielo?

FRANC. Un castigo del cielo?... sí, sí, vos lo habeis dicho, caballero... un castigo del cielo...

DOCTOR. Será él?

FRANC. Pero fué tambien el resultado de un crímen horrible...

DOCTOR. Cometido por vos?...

FRANC. Por mí!... Quién sois vos, quién sois?... Esa acusacion que me arrojais á la cara, se me dirigió tambien hace doce años delante de su víctima por un asesino, quien, al querer yo castigar su crímen, me disparó un pistoletazo que me dejó ciego.

DOCTOR. Basta. Demos gracias á la Divina Providencia, que por inescrutables medios, tarde ó temprano descubre la verdad, otorga consuelos á los afligidos y dispone el castigo de sus perseguidores.

FRANC. Oh! qué quereis decir?... El interés que al parecer tomais en mis desgracias, y que tantos otros al arrojarme una limosna han rehusado escuchar; las palabras que acabais de pronunciar me prueban que no soy para vos un estraño... Quién sois?... Que yo lo sepa, ó no diré una palabra mas.

DOCTOR. Quereis saber quién soy? (*El Ciego junta las manos.*)

VICTOR. Caballero, mi padre os lo suplica, decidlo por favor!

DOCTOR. Pues bien, soy un médico que hace tres horas ha sido llamado por un conde de esta ciudad, para encargarle la curacion de una pobre loca que se llama Consuelo.

FRANC. Consuelo?... Victor, condúceme!... condúceme!... Caballero, si teneis creencias y corazon, si vuestra conciencia es pura... si habeis amado alguna vez en el mundo... decidme, decidme dónde vive ese hombre que os ha hecho llamar á su casa? *(Arrodillándose.)*

VICTOR. Alzad, padre mio, alzad.

FRANC. Victor... ah! Victor... Esa mujer... sabes tú quién es esa mujer?... es...

DOCTOR. Deteneos... El hombre que me ha hecho llamar para la curacion de esa mujer es el conde de Falermo.

FRANC. Falermo!... Oh! no iré... no, no vayamos! Vuestra mano, caballero, vuestra mano... colocadla sobre mi corazon... Veis cómo late?... No parece que va á estallar dentro de mi pecho?... Pues bien, que se rompa efectivamente en mil pedazos, si soy culpable del crímen que ese hombre me imputa; que Dios me maldiga, si no es él el asesino.

DOCTOR. Dios lo sabe, y Dios lo dirá.

FRANC. Pero cómo habeis podido averiguar que pronunciando ese nombre habriais de conmoverme?... No os engañásteis. Miradme, caballero: á un tiempo lloro y rio... si pudiera distinguir vuestras facciones... Pero qué digo?... Ciego! y para siempre!

DOCTOR. He pronunciado el nombre de Consuelo, amigo mio, porque reconocí en vos al hombre que hace doce años huyó delante de mí con un niño en los brazos, saltando por encima de un cadáver...

FRANC. Estábais allí?

DOCTOR. Sí, allí me encontré tambien.

FRANC. Oh!... entonces sabreis perfectamente que yo no fui el asesino.

DOCTOR. Lo creo así, aunque no puedo hacer mas que

creerlo... no llegué al sitio del crímen hasta el momento en que vos huiais: el Marqués habia ya muerto... Pero á dónde fuisteis despues?...

FRANC. Que dónde fui... ah! desgraciado!... Corrí á la ventura en persecucion del Conde que me arrebataba mi madre y mi Consuelo... pero la vista!... la vista me faltaba... la sangre inundó mi rostro y mis vestidos... En vano esperé por instantes volver á ver el cielo y las montañas. Nada... nada... mi sangre corria en abundancia, y no era esta, sin embargo, la que me impedia ver la tierra, el cielo!... no, mis párpados estaban abrasados, la bala habia rozado mis pupilas, y no reflejaban ya los objetos... era un cuerpo sin alma, un alma aprisionada que no le quedaba otra esperanza que la bondad de Dios... Si hubiera llegado á alcanzar al Conde era perdido, porque habia escuchado que decia á los hombres que me arrebataron las caras prendas de mi corazon... «Ese infame es el asesino del Marqués.» Entre mi palabra y la suya ninguno hubiera dudado... Estaba en la obligacion de proteger á un hijo refugiado en mis brazos, y su llanto desgarraba mi corazon... Yo debia vivir para él... ser libre para educarle y descubrirle algun dia el terrible secreto que pesaba sobre mi corazon. Un esposo puede vivir lejos de la que ama, cuando tiene á su hijo entre sus brazos; pero cuál seria la suerte de esta criatura si yo le hubiera abandonado, si se hubiera encontrado en el mundo huérfano y sin conocer á sus padres?...

DOCTOR. Ay de mí!... Comprendo tambien esa desgracia, porque yo tampoco he llegado á conocer á los mios.

VICTOR. Caballero, por rico que seais, el hijo del ciego es mas feliz que vos.

FRANC. Me dirigí á la cabaña de mi amigo, y entré en ella ensangrentado, devorado por la fiebre... Allí continué tres meses postrado en cama entre la vida y la muerte, debiendo á los cuidados de su anciana madre el restablecimiento de

mi salud; pero cuando volví de mi espantoso letargo supe que mi pobre amigo, comprometido por el infame Conde de Falermo y vendido luego por él, habia sido fusilado en el sitio de Tarragona por las tropas del duque de Berwick.

DOCTOR. Conque segun eso... Falermo era entonces...

FRANC. Un rebelde... pero no, no era un rebelde, sino un traidor. El Conde que en un principio sublevó la montaña, comprometiendo á todo el mundo y á mi mismo en favor del Archiduque, cuando conoció que á este no le quedaba esperanza, vendió al Archiduque y entregó villanamente los restos de su gente á la metralla de Felipe V en vez de ampararlas con la clemencia del perdon real.

DOCTOR. Qué abismo de infamias, Dios mio!

FRANC. Faltándome pruebas, y sobre todo la vista, no debí temer á ese hombre?

DOCTOR. No, no temais, porque yo obraré por vos... La justicia no castigó al traidor, salvándole sin duda esa misma clemencia soberana; pero castigará al asesino, y Felipe es demasiado justo para perdonarle de nuevo.

FRANC. Oh! entonces, hijo mio, podrás ver y conocer á tu madre!

VICTOR. Mi madre!... oh!... la conozco... la he visto ya... no es cierto, caballero?... Todo lo que acabais de decir lo he comprendido perfectamente, y mi corazon palpita de alegría, porque esa señora á quien he llamado madre por órden vuestra, era verdaderamente la mia.

FRANC. Tú la has visto?...

VICTOR. Si, y me ha estrechado contra su corazon!

FRANC. Qué felicidad la tuya! Deja que yo te abrace del mismo modo.

DOCTOR. Ahora me retiro: voy en este momento á casa de un magistrado, á quien conozco; severo, pero hombre de talento, y sobre todo amigo de los pobres... os lo enviaré en seguida, y vos se lo confesareis todo... En cuanto á mí, volveré á casa del Conde: ahora mas que nunca es necesario que no sospeche nada, que no se

aperciba del golpe que le preparamos.

FRANC. Un momento... Ya conoceis la inmensidad de mi desgracia... pero he vislumbrado un rayo de felicidad, y seria mas grande mi infortunio si ahora se me abandonase.

DOCTOR. Qué quereis?

FRANC. Prometedme, juradme que volvereis... que el magistrado vendrá... que la esperanza llegará tambien... Pero no, no jureis nada... os creo... os creo... sin embargo, para mi tranquilidad, llevaos á mi hijo... esto me probará que volvereis pronto y que no me olvidareis.

DOCTOR. No tengo inconveniente... Victor, ven conmigo.

FRANC. Llévate la llave de la puerta, Victor... quiero estar solo... solo... Dirás al magistrado que puede entrar por la puerta falsa que da al corredor de la parroquia, y de la cual el señor cura tiene la llave. (*Abrázanse.*) Vuestra mano, caballero! (*Se la besa.*) Ahora dejadme, dejadme... Soy un insensato deteniéndoos por mas tiempo.

VICTOR. Valor y esperanza! (*Vánse.*)

ESCENA III.

FRANCISCO, *solo.*

Partieron... ya no se escucha el ruido de sus pasos... si será un sueño?... no, no, no he soñado... Dios mio, si al través de su locura, de la ceguedad de su razon, Consuelo me verá como yo la veo al través de la ceguedad de mis ojos!... Consuelo!... Consuelo!... loca y en poder de ese hombre, que todo lo intenta y todo lo consigue... Consuelo!.. Consuelo mia! Lloro... lloro como un niño... (*Llora.*) lágrimas!... esto es ridículo... lágrimas... no... sangre es lo que yo necesito!.. Pero quién colocó á ese hombre en medio de mi camino?.. La

Providencia tal vez..: Y estoy ciego!... poco importa... Oh! yo le arrancaré los ojos con mis uñas, y el combate será entonces igual. Pero no vendrá, no... ignora que existo, y el triunfo es suyo... No podré nunca hallarme con él á solas... no le tendré cerca de mí para agarrarle y destrozarle con estas manos que no se han abierto hace doce años mas que para pedir limosna... Esta vez, si el cielo escucha mi súplica, se abrirán para darle la muerte. *(Llaman á la puerta de la derecha.)* Han llamado... y es en esta puerta... Oh! sí... el magistrado... la venganza!... Corazon, alienta y calla... Se acerca la hora del triunfo... Abramos...

ESCENA IV.

FRANCISCO.—EL CONDE.

CONDE. (*Aparte.)* El cura de la parroquia me ha dicho que el ciego y el niño vivian aquí... (*Alto.*) Buenos dias, amigo: qué teneis? por qué os arrodillais delante de mí?

FRANC. Caballero, os aguardaba como el moribundo espera la hostia consagrada... hombre, tendreis piedad de mis lágrimas: magistrado, me vengareis?

CONDE. (*Aparte.*) Qué dice?.. y ese trage!.. esas facciones!..

FRANC. No me respondeis nada?.. ah! lo comprendo... la emocion... la sorpresa!.. lo mismo me sucede á mí... bien lo veis... me ahoga la alegría!..

CONDE. Tranquilizaos... (*Aparte.)* Quién es este hombre?..

FRANC. Pero hablaré... hablaré, á pesar de que me ahogo y de que apenas puedo respirar. Habeis de saber que el Conde de Falermo...

CONDE. Qué decis?..

FRANC. Que el Conde es el verdadero asesino. Oh!.. es

imposible...: la agitacion que esperimento no me deja hablar todo lo que quisiera...

CONDE. *(Aparte.)* Es Francisco!.. Francisco!.. y ese niño!.. Consuelo no mentia, no era efecto de la locura... es su hijo... *(Mirando á todos lados.)* estamos solos... Hablad, buen viejo, hablad.

FRANC. Viejo, sí, porque mis cabellos han encanecido... Pero el Conde tiene la culpa de que á los cuarenta años mi cabeza esté blanca como la veis!.. Oh! la justicia me vengará... la justicia me vengará, no es cierto?

CONDE. Sí, sí... *(Aparte.)* Por lo visto este hombre aguarda la venida de algun juez... Oh! qué hacer?.. Es preciso que no lo encuentren aquí. ..

FRANC. Mi protector me ha dicho que sois el amigo de los pobres.

CONDE. Y no os ha engañado... pero es preciso que salgamos de aquí... mi carruage está á la puerta... Seguidme.

FRANC. Y mi Victor... mi Victor, sabe dónde me conducís?

CONDE. Sí. Dádme vuestra mano...

FRANC. Permitidme que tome alguna ropa.

CONDE. No es necesario... Os esperan en otra parte... Vamos... vuestra mano...

FRANC. *(Alargando su mano.)* Tomadla. Pero no: *(Retirándola.)* sois un hombre honrado, intachable, y yo... yo, por la primera vez de mi vida acabo de dar entrada en mi corazon á un pensamiento criminal, horrible. Sí, *(Estrechando la mano del Conde entre las suyas.)* ved cómo aun me estremece el deseo de la venganza... Me encontraba solo y reflexionando que muy pronto, quizá, me veré frente á frente de mi verdugo, resolví que al estrechar su mano como ahora estrecho la vuestra, le arrancaria sus ojos para que nuestra lucha fuese igual. Dejarle ciego!.. ciego!.. qué horror!.. Si supiérais lo que es estar ciego, comprenderiais lo terrible de mi venganza!..

CONDE. Venid.

FRANC. El imaginarla solamente es un crímen, no es verdad?

CONDE. Vamos.
FRANC. Y creeis que Dios me perdonaria?
CONDE. Vamos pronto.
FRANC. Os sigo.

ESCENA V.

VICTOR.—*Despues* EL DOCTOR.

VICTOR. (*Entrando por la otra puerta.*) Padre, el magistrado no estaba en casa, pero le hemos dejado recado y... pero dónde está?.. Padre!.. ah! tal vez por esta puerta... nadie tampoco... Padre!.. padre!.. Habrá salido?.. volverá?.. esperemos; no sé qué ideas me agitan, y tengo miedo... Padre!.. padre mio!.. (*El Doctor entra.*) Ah! Caballero, decidme, dónde está mi padre!
DOCTOR. Tu padre?.. hijo mio, lo ignoro.
VICTOR. Oh! vos sabeis dónde está, vos lo sabeis... volvédmele... Estoy seguro que sin mí se moriria de pesar... yo soy su guia, su apoyo, su consuelo... y le amo con delirio... Es tan desgraciado!..
DOCTOR. Cálmate, querido niño... ya lo buscaremos.
VICTOR. Ah! Padre! padre mio!..
DOCTOR. (*Aparte.*) Qué estraño misterio se encierra aqui? La alegria, la felicidad habria vuelto loco tambien á este hombre?
VICTOR. Hablais solo... me engañais... volvedme á mi padre ó me mataré!..
DOCTOR. Dios mio!.. es preciso correr á casa del Conde... esta puerta está abierta... por aqui, si, por aqui... Pero, con qué objeto... (*Asomándose á una ventana.*) Qué veo? El coche del Conde!... Si ese infame habrá descubierto?... Oh! pronto lo sabremos.
VICTOR. Mi padre, dónde esta mi padre?..
DOCTOR. Pronto... corramos en su busca.
VICTOR. Sí, si, corramos!..

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

EL COFRECILLO.

Gran sala del antiguo castillo de Masarrá en los Pirineos. En el fondo una galeria ó rompimiento de columnas en ojivas ruinosas.—Noche sombria, que iluminan los relámpagos.—Tempestad á lo lejos.—Lluvia y viento.—El aspecto de esta sala, que tendrá cuatro grandes puertas, debe ser de un efecto siniestro.—Una mesa y un sillon antiguos.

ESCENA PRIMERA.

El Doctor.—Victor, *por el fondo escalando el muro.*

Doctor. Nada de ruido... sube con cuidado... agárrate á esa columna... pon aqui el pié... bien! bien! llegamos por fin. Te has hecho daño?

Victor. No, señor.

Doctor. Te prometí que encontrariamos á tu pobre padre... vas creyendo que te cumpliré mi palabra?

Victor. Lo que yo creo, señor, es que sois la Providencia.

Doctor. No blasfemes, niño!..

Las noticias que tomé fueron exactas, y mis recuerdos no me engañaron tampoco... El criado del Conde, aterrado por mi amenaza y estimulado por mis ofertas, me descubrió el camino que habia tomado su amo. El Conde llegó an-

tes de ayer... está aquí, casi solo con sus dos víctimas, y este antiguo edificio, arruinado y abierto por muchas partes, es bastante grande para que en él podamos permanecer ocultos hasta la oportuna ocasion... Traigo oro para los criados y armas para el señor... Bien... Victor, mira á dónde conducen esas habitaciones. (*Victor sale.*) Doce años! Durante estos doce años he recorrido la España, he venido á visitar muchas veces los alredores de este castillo, deseoso de encontrar uno al menos de los actores de aquel hórroroso drama de que fuí testigo!, y nada pude obtener... La hora de Dios no habia llegado aun... pero sonó al fin, y un dia ha sido suficiente para reunir á todos aquellos que busqué en vano. Y bien, Victor?

VICTOR. (*Saliendo.*) La tormenta redobla su furor; mirad esos relámpagos que deslumbran; escuchad el estampido del trueno, la lluvia azota esas murallas.

DOCTOR. Y esas puertas?

VICTOR. Esta conduce á una escalera iluminada por una lámpara. En este otro lado dos habitaciones arruinadas, donde cae el agua como si fuera enmedio del campo.

DOCTOR. Ese es nuestro sitio; ahí es donde nos esconderemos.

VICTOR. Y mi madre?.. y el pobre ciego?.. Cuándo los volveremos á ver?

DOCTOR. Muy pronto, valeroso Victor. (*Aparte.*) Con tal de que el ciego exista aun!

VICTOR. Un hombre sube por la escalera.

DOCTOR. El Conde tal vez!.. pronto, pronto, ven conmigo y silencio. (*Entran por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

El Conde, *envuelto en una capa déjase caer sobre el sillon.*

Qué noche!.. Tormenta en el cielo y tormenta aun mas horrible en mi corazon... Estaba armado, no tenia mas que hacer un movimiento para que desapareciera el único testigo de mi crimen, y no me he atrevido á hacer uso de esta pistola!.. Este retardo puede perderme, porque á no dudarlo, el niño y el médico seguirán mis huellas.... y la justicia... Oh! es preciso que mañana sin falta desaparezca el ciego!.. Encerrado en su antigua cabaña, nadie vendrá á buscarle, porque el pais está desierto lo menos en el radio de tres leguas, por manera que la cabaña será su tumba... Pero, y la fortuna del Marqués, dónde está? dónde ese cofrecillo que debe encerrarla?.. Paredes sombrías, nunca me respondeis á esta pregunta!.. Oh! Consuelo hablará... Todo no está perdido... qué insensato soy!.. tener miedo de la tormenta!... cuando es un efecto natural... las nubes que chocan entre sí!.. Miedo!.. eso seria bueno en el tiempo de la ignorancia!.. Ese hombre es ciego, está solo, y sin embargo no tiene miedo!.. yo le he visto tranquilo!.. La lluvia aumenta... Quién podra ser este médico?.. cuanto mas pienso en ello mas me confundo!.. Las noticias que adquirí en Nápoles acerca del hijo del Marqués, me inducen á creer que habrá muerto... Dejemos aquí las armas y la capa... Dormir!.. Oh! dinero, dinero maldito, dinero, rival del cielo, qué de angustias cuesta el poseerte!.. Este aire me hiela... vamos... mañana al rayar el dia concluirá todo! *(Se retira por una de las puertas de la derecha.)*

ESCENA III.

EL DOCTOR.—VICTOR.

VICTOR. Ya lo habeis oido, mañana al rayar el dia concluirá todo!.. Dice que mi padre está en la cabaña: sabeis dónde es?

DOCTOR. Sí, tranquilízate y no tiembles, hijo mio: ves esos relámpagos, Victor, los ves? Ese hombre ha dicho que no le causaban miedo, porque la ciencia demostraba que son un efecto natural; y yo te digo á tí que ese hombre miente, que quiere engañarse á sí mismo, porque efectivamente tiene miedo. La ciencia no hace otra cosa sino dar mas grande idea del Señor que está allá arriba, y que coloca la tempestad en el corazon del miserable, del mismo modo que las nubes en el espacio para que choquen entre sí. Qué palabras ha pronunciado ese hombre?.. Dijo que en Nápoles adquirió noticias acerca de un hijo del Marqués?.. lo seré yo por ventura?.. en la carta que aun conservo se me exhortaba á que volase en su busca... entonces Consuelo seria mi hermana!.. mi hermana la mujer á quien tanto hace sufrir el Conde!.. Ese cofrecillo tal vez pudiera darme indicios!.. Siento ruido hácia este lado... una mujer... Es ella! Victor, tu madre se acerca, no te muevas de aquí; ni un grito, ni una palabra, escuchemos...

VICTOR. Ver á mi madre y no poder arrojarme en sus brazos!.. imposible!..

DOCTOR. La abrazarás despues... es preciso que me obedezcas... ahora reza tus oraciones, pide por ella, por tí, por mí tambien!..

VICTOR. Tengo miedo!

DOCTOR. Piensa en Dios y él te dará valor!.. *(Se esconden detrás de una columna.)*

ESCENA IV.

CONSUELO, *sola.*

Nadie... no, nadie me vé... el tesoro de mi hijo... sí, aquí debe estar... aquí lo escondió mi padre... pero no para el Conde... no, no, el Conde es un malvado, que no tiene piedad de mí... hace dos dias que me siento mejor... estos sitios despiertan en mi mente recuerdos tan gratos!.. Vamos á ver si está en su sitio... por aquí... por aqui... lo esconderé luego en otra parte... sí, en la cuna de mi hijo.

DOCTOR. (*Adelantándose.*) Qué dice?

CONS. (*Llega á una columna, toca un resorte, la pieza gira y deja ver un secreto.*) Aqui está... la caja... mi tesoro...

DOCTOR. (*Adelantándose.*) Gracias, gracias, Dios mio!

CONS. (*Dando un grito.*) Ah!.. un hombre aqui!.. socorro! socorro!.. eso es mio... es mio... quereis robármelo?.. jamás!... ese cofre no os pertenece... es de mi hijo... de mi hijo...

DOCTOR. Silencio! silencio, desgraciada, ó somos perdidos!.. aqui teneis á vuestro hijo... (*Al presentarle á Victor, abandona el cofrecillo y abraza á su hijo que cae de rodillas: en tanto que el Doctor reconoce los papeles que están dentro de la caja.*)

CONS. Victor... Victor de mi alma!

DOCTOR. Aqui hay una llave pendiente de una anilla... veamos: sí, abre la cerradura... papeles... oro... diamantes... oh!... leamos, leamos primero...

VICTOR. (*Arrodillado.*)

Dios mio! tú que riges
el alto firmamento,
que impulso das al viento
si ruge aterrador.
Tú, que con voz potente

refrenas su arrogancia,
das á la flor fragancia
y trino al ruiseñor.
La pena compadece
de un infelice niño,
que implora á tu cariño
sonrisas de bondad.
Devuelve su madre
á la que ausente llora,
á la que amante adora...
¡Piedad, Señor, piedad!...

CONS. Victor mio!...

DOCTOR. Sí: yo soy el marqués de Masarrá, hijo legítimo del pobre anciano que fué asesinado casi á mi vista... y mi hermana, mi pobre hermana... oh! es preciso que ese infame reciba la muerte por mi mano!... por mi mano?... no, no... por la del verdugo!... La lluvia ha cesado... Victor!... hijo mio... escucha, y haz lo que voy á decirte.

VICTOR. Hablad... Yo no comprendo nada de lo que estoy viendo, pero creo que en todo lo que haceis hay una razon superior, poderosa y santa.

DOCTOR. Consuelo... has olvidado el camino de la cabaña de Francisco?...

CONS. No... por la senda del bosque me estará esperando, y como tarde, se enojará.

DOCTOR. Y estas llaves, Consuelo, estas llaves qué puertas abren?...

CONS. Todas las del castillo, las conozco, y la de la cabaña tambien.

DOCTOR. Toma las que sean necesarias, Consuelo.

CONS. Esta es la del parque... esta la de la cabaña.

DOCTOR. Perfectamente: acompaña á tu madre, Victor... marcha delante de ella... abre las puertas que te indicará, y cuando te encuentres delante del ciego, la podrás decir «Madre» y abrazarla... Supongo que no tendrás miedo de ir solo con ella por el monte?...

VICTOR. No, porque en primer lugar acompaño á mi madre, y ademas porque no he cometido ningun pecado. Pero... y vos?...

DOCTOR. Yo me quedo aquí para espiar los pasos del

Conde... Toma esta carta... *(Escribe.)* deja á tu madre con el ciego, y corre en seguida al pueblo inmediato, donde te espera el juez del distrito: entrégale este papel, y vuelve en seguida á la cabaña de tu padre. Victor, esta carta es la venganza. Tenlo presente. *(Entregándosela.)*

VICTOR. Pero... y mi madre?

DOCTOR. Confia en la justicia del cielo... Quién sabe si el influjo de ciertos recuerdos hará que se verifique una provechosa revolucion en su espíritu! En la cabaña y al lado de ese ciego la esperan quizás la salud y la dicha.

VICTOR. Sois un ángel!

DOCTOR. No, hijo mio; soy un hombre honrado y nada mas... Vé pronto. *(Victor toma de la mano á Consuelo, y sale por el fondo.)*

VICTOR. Vamos, madre!

CONS. Donde tú quieras, hijo de mi corazon.

ESCENA V.

EL DOCTOR *solo.*

Volvamos á colocar esta caja en el misterioso secreto donde la mano de mi padre la depositó para mí... Disipóse enteramente la tempestad.. Oh! la aurora... la aurora sobre un cielo azul y trasparente... Salud al dia de la venganza... no; salud al dia de la justicia!... Oh! el Conde! *(Se retira al fondo.)*

ESCENA VI.

EL DOCTOR.—EL CONDE.

CONDE. Empieza á amanecer... Ni relámpagos... ni truenos. Todo ha desaparecido!... Dios no se

ocupa de las cosas de la tierra. *(Poniéndose la capa y recogiendo la pistola y las llaves.)* Vamos... El único testigo de mi crímen dejará de serlo dentro de muy breves instantes... Corazon, alienta... Tuyo es el triunfo. (*Vase.*)

DOCTOR. (*Saliendo.*) No. Miserable!... en vez de uno hoy serán tres los testigos que te acusen. La hora de Dios ha resonado ya en el cielo. *(Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

LA HORA DE DIOS.

El teatro representa en parte la decoracion del prólogo, solamente que el interior de la cabaña está visible para el espectador; el lado derecho se encuentra por consecuencia con menos estension, pero ocupa casi la mitad de la escena. Al levantarse el telon empieza á amanecer. La tempestad se aleja.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, *solo en la cabaña.*

La tormenta se aleja... qué noche, Dios mio! desde que Victor se ha separado de mí, no comprendo nada de lo que me sucede; el magistrado me dijo que al amanecer lo sabria todo... al amanecer... La aurora!.. la hermosa aurora que nace envuelta entre sus blancas tocas, para cambiarlas luego por el azul del cielo... Para mí siempre la sombra... la oscuridad... la noche no concluye nunca para el pobre ciego!.. Pero, dónde me encuentro? para qué este viage tan rápido?.. por qué este aislamiento y soledad?.. esta prolongada separacion de mi hijo, de mi Victor!.. Si él estuviese aquí me anunciaria el nacimiento de la aurora!.. Ah!.. aquí hay una ventana... Oh! Si Dios me privó de la vista, me perfeccionó en cambio los demas sentidos;

abriéndola conoceré si el dia tardará ó no en venir... (*La abre.*) Sí, el aire... el aire de la mañana!.. aspiro con delicia la brisa de las montañas... el perfume del campo!.. Es singular... me parece que retrocedo á los años de mi juventud... No sé por qué, pero mi corazon late con violencia... Conozco esta brisa, este perfume!.. Si saliera un poco!.. pero no me es posible, estoy encerrado... (*Volviendo á la ventana.*) Sí, sí, este ambiente que respiro, este dulce aroma es el aliento de Dios, que purifica la tierra despues de la tormenta... Esperemos, ya no deben tardar; en tanto... me apoyaré en esta ventana y que esa brisa me acaricie y me consuele... Oh! Salud, salud, hermosa aurora, porque tú me vuelves á mi Victor, á mi esposa, á esos dos pedazos de mi corazon!.. Salud otra vez!.. Voy á rogar por tí... para que seas bendecida de Dios. (*Se arrodilla al pié de la ventana.*)

ESCENA II.

FRANCISCO, *en la cabaña.*—CONSUELO Y VICTOR *por la montaña. Victor llevando á Consuelo de la mano, ella le guia.*

VICTOR. A dónde me conduce? si yo no fuera su hijo, si no me hallára en la obligacion de ampararla y protegerla, tendria miedo de todo lo que me está pasando; ahora se detiene! parece que reconoce el sitio... una cabaña arruinada... esta será sin duda... que va á suceder aquí, Dios mio!..

CONS. (*Avanzando hácia la puerta de la cabaña, y designando la puerta con la mano.*) Sí, esa es!..

FRANC. Me parece que siento ruido!.. La hora ha llegado...

VICTOR. (*Siguiendo á Consuelo que abre la puerta con una de las llaves que lleva en la mano.*) Mi padre!..

FRANC. Victor!.. Victor!..
CONS. Quién es este hombre?..
FRANC. (*Alterado.*) Oh! esa voz!.. esa voz!..
VICTOR. Por piedad, padre!..
FRANC. (*Con el acento de la súplica.*) Oh!.. esa voz!.. esa voz!.. necesito oirla otra vez.
CONS. Victor... ven, ven, hijo mio; abraza á tu madre.
FRANC. (*Cayendo de rodillas.*) Oh! Dios mio! me volveré loco?..
VICTOR. Madre mia, veis ese ciego que se arrodilla?..
CONS. Sí, si, un ciego!..
VICTOR. Pues bien, ese ciego es mi padre!..
CONS. (*Como si un rayo de inteligencia alumbrase su razon.*) Ah!.. sí... (*Friamente.*) Es verdad... el niño me dijo que su padre era ciego... Qué frio hace aquí... vamos... vamos...
VICTOR. No, no... padre mio... tomad la mano de esta mujer; es la condesa de Falermo...
FRANC. Dame... dame su mano... dónde está su mano?.. Ah!.. (*Estrechándola.*)
CONS. Ah!.. Victor, socorro, socorro!...
VICTOR. Madre mia!..
FRANC. Oh!.. no tiembles asi Consuelo... no reconoces al cazador Francisco?.. á tu hermano de la infancia, á tu esposo... has olvidado nuestra historia?..
CONS. Contais historias? á mí me gustan mucho las historias... y quiero que me conteis una.
VICTOR. Sí, sí, siéntate aquí madre querida; (*A Francisco.*) padre, me veo obligado á marchar, y te dejo solo con ella.
FRANC. Bien, hijo mio!..
VICTOR. Pero entretenla para que no me vea salir... además, el médico me ha dicho que esperaba que á tu lado y por el efecto ó la impresion de ciertos recuerdos, recobraria el juicio: un beso y parto. (*Sale de la cabaña y ya fuera dice.*) El pueblo debe estar por este lado... no sé el camino... quien me guiará?.. para ir á buscar los vengadores de mis padres me basta la inspiracion de Dios!.. (*Desaparece por la derecha.*)

ESCENA III.

FRANCISCO *sentado en un sillon.* CONSUELO *sentada en un taburete á sus piés. Francisco tiene cogidas las manos de Consuelo.*

CONS. Por qué callais?.. No me decís nada?.. hablad, hablad...

FRANC. Consuelo, Consuelo... mi voz no dice nada á tu memoria?

CONS. Vuestra voz?.. contadme, contadme la historia que me habeis prometido.

FRANC. Nada!.. nada!.. Escucha pues, pobre mujer... En las Montañas de Cataluña...

CONS. En las montañas de mi pais!..

FRANC. Oh!.. lo recuerda!..

CONS. Y despues?

FRANC. Habia un antiguo castillo construido en la cima de un monte el mas elevado, y á muy corta distancia, en la senda que á él conducia, se encontraba una cabaña...

CONS. (*Vagamente.*) Una cabaña?..

FRANC. Habitaban el castillo un venerable anciano y su hermosa hija... En la cabaña vivia una pobre mujer con su hijo. La nodriza y el hermano de infancia de la noble jóven del castillo... La mujer se llamaba Margarita, y el jóven Francisco...

CONS. Francisco... Margarita... mi nodriza... y él... él....

FRANC. Oh!.. sí! sí! lo recuerda al fin... Consuelo... Consuelo!.. mi voz... mi voz no dice nada á tu memoria?

CONS. Vuestra voz?.. Contadme, contadme la historia que me habeis prometido!..

FRANC. No, no!.. lo ha olvidado todo!..

CONS. Y despues?..

FRANC. Francisco buscaba todos los dias, y con el mayor esmero, las mas bellas flores del bosque, para su amada señorita; la ayudaba á trepar á

las mas elevadas rocas, y reunidos allí teniendo el cielo por techumbre y el mundo por escabel, sentian desplegarse anticipadamente las dulces sensaciones del amor. Comprendieron que se amaban... Despues de algunos años, la jóven (que no quiso seguir á su padre á la córte donde le llamaban ciertos negocios) bajaba todos los dias á la cabaña, donde la anciana, débil como todas las madres, dejaba á los dos amantes embriagarse en los sueños de su dulcísimo amor!.. un dia la jóven apareció asustada y alegre á la vez: lloraba y reia á un tiempo, abrazaba á la buena Margarita sin poder pronunciar una palabra... Dios habia bendecido el amor de aquellos dos niños!.. La hija del Marqués de Masarrá era madre!..

CONS. Sí, sí!.. Tuvo un hijo, al que iba á abrazar todas las noches... Pobre niño!.. Oh! Margarita, qué has hecho de ese niño?

FRANC. Lo recuerdas al fin Consuelo... dilo... habla... Mi voz ha llegado á herir tu corazon?..

CONS. Vuestra voz?.. Contadme... contadme la historia que me habeis prometido.

FRANC. Dios mio!.. Vos no teneis piedad de mí!..

CONS. Y despues?..

FRANC. Despues?.. La existencia de los amantes fué una ansiedad y una alegría continua hasta el dia en que el fruto de su amor vino al mundo... Era un hermoso niño... Lo entiendes bien, Consuelo, un niño que se llamó Victor!..

CONS. Victor?..

FRANC. Sí, sí... Escucha... escucha bien: una noche en que Francisco y su prometida iban á abrazar con trasporte al niño que dormia en la cuna, un ¡ay! desgarrador se oyó á muy pocos pasos de la cabaña, Francisco quiso prestar ausilio al desgraciado que pedia socorro, y encontró tendido el cadáver del Marqués de Masarrá... quiso gritar, vengar á la víctima; pero el asesino que no era otro que el hombre á quien estaba prometida la mano de Consuelo, le tiró un pistoletazo á quemaropa, dejándole ciego!.. ciego. Lo entiendes ahora?..

CONS. (*Una gran revolucion moral se opera en ella, reconoce la cabaña, se levanta en su sana razon, despues de dar un grito terrible.*) Ah!.. el niño!.. la cabaña!.. es aqui... aqui...

FRANC. Qué dices?

CONS. Si, si: allí está la cuna... mirala... Ah! desgraciado... imposible!.. si está ciego!..

FRANC. La cuna!.. la cabaña!..

CONS. Es aqui... estamos en ella... esta es la puerta por donde yo entraba. (*La abre.*) el campo... allí la senda que conduce al castillo de mi padre... Pero yo...yo he debido dormir mucho tiempo!.. Ah! no, no, yo he estado loca!.. loca!..

FRANC. Consuelo, mi voz, mi voz, la has roconocido al fin?

CONS. Tu voz!.. sí, sí, la conozco: es la del que conmigo acariciaba al tierno niño en la cuna, es la de mi hermano de infancia, es la de mi esposo... Es la tuya, Francisco... Francisco mio!.. (*Se arroja en sus brazos.*)

FRANC. Ha recobrado la razon y no puedo verla!.. Oh! pero es ella... es ella... la reconozco en los latidos de su corazon sobre el mio... aunque privado de la vista, la veo con el pensamiento... es ella... es ella!..

CONS. Pero, y el niño?.. mi hijo?.. Francisco, necesito saber cómo me encuentro en tus brazos!.. Y tú, tú estás ciego!.. Oh! esto es horrible!..

FRANC. Ahora no eres víctima de un sueño; nuestro hijo estaba hace un momento con nosotros.

CONS. Victor!

FRANC. Vive, vive!

CONS. Gracias, gracias, Dios mio!

FRANC. Un crimen, un gran crímen fué cometido en este sitio hace doce años por el Conde de Faiermo, y á los ojos de la ley tú eres la esposa de ese hombre...

CONS. Lo recuerdo, aunque vagamente; pero Dios nos salvará de ese malvado!.. Dios no puede consentir al devolverme la razon que haya de llamarme la esposa del asesino de mi padre.

FRANC. No, imposible! ven á mis brazos! quién nos podrá separar esta vez?

ESCENA IV.

Los mismos en la cabaña.—EL DOCTOR.—EL CONDE: *este embozado en la capa: á pocos pasos y entre los árboles, el Doctor, espiándole.*

CONDE. Llegué por fin... por qué dudar?.. todo está en silencio... ea, valor... acabemos de una vez. Pero qué temo? nadie sigue mis pasos... he visto cruzar á lo lejos un niño: me pareció Victor... qué locura!.. con todo, si fuese él... Aun así me protegeria la fortuna: se dirije hácia el rio y la tormenta ha destruido el puente esta noche! *(Se adelanta hácia la cabaña: el Doctor se interpone.)*

DOCTOR. (*Apuntándole con una pistola.*) Ni un paso mas!

CONDE. El Doctor! Cielos! el Doctor aquí...

DOCTOR. Sí, querido Conde, el Doctor... os sorprendeis de verme, no es cierto?.. Me enviásteis una carta con el precio de mi única visita á la Condesa, y creísteis que todo habia concluido!.. pero aun no ha concluido todo.

CONDE. Y bien, qué quereis?

FRANC. No has escuchado, Consuelo?

CONS. Sí, sí. Observemos. (*Se dirigen lentamente hácia la puerta.*)

DOCTOR. Vengo á preguntarte, Conde de Falermo, qué me queria decir el Marqués de Masarrá en esta carta que me dirigió á Paris, y que tú debes conocer.

CONDE. Vos!.. sois vos á quien él deseaba ver?

DOCTOR. No lo adivinaste, cuando fuí llamado á tu casa, y consentí al solo nombre de Masarrá en admitir tus ofrecimientos?..

CONDE. Aunque así sea, qué tengo que responderos yo ni qué esplicaciones he de dar sobre una carta que no he escrito?

DOCTOR. Quiero que me digas lo que sepas respecto á mi nacimiento.

CONDE. Y no venis aquí á buscar mas que eso?.. Pues bien, esa noticia que yo ignoro, la obtendreis de la loca, si vuestra ciencia es bastante á hacerla hablar, porque el Marqués no tenia secretos para ella. Es todo lo que puedo deciros.

DOCTOR. Y el ciego?

CONDE. Muy pronto se hallará en manos de la justicia que castigará sus crímenes.

DOCTOR. Mientes! el ciego es inocente.

CONDE. Es él el culpable.

DOCTOR. Miserable!

CONDE. Lo juro!..

DOCTOR. El ciego te acusa!

CONDE. Las pruebas?..

DOCTOR. Te atreverias en este sitio, sobre esta arena manchada con la sangre del Marqués, á describirme el asesinato, tal como le viste cometer?..

CONDE. Ahora mismo.

CONS. *(Que se ha acercado á la puerta de la cabaña con el ciego.)* Oh! silencio, Francisco, es el Conde!.. es el Conde!..

FRANC. El Conde!

DOCTOR. Aquel fué el sitio en que el Marqués cayó!.. *(Señalando á la derecha.)*

CONS. Mi padre!..

FRANC. Oh! silencio, silencio!..

DOCTOR. Os habeis quedado mudo!.. lo comprendo!..

CONDE. Me insultais?..

DOCTOR. Asesino!... Miserable!... Tus armas... dame tus armas, ó te levanto la tapa de los sesos.

CONDE. *(Mirando hácia la cabaña.)* Mas bajo... mas bajo... no tengo inconveniente, Doctor... tomadlas... esto os probará mi buena intencion.

DOCTOR. Júrame ahora delante de estos inmóviles testigos del crímen lo que me has prometido jurar! Te atreverias á afirmar aún que no fuiste el que hirió á mi padre?

CONDE. Vuestro padre!

DOCTOR. Si, mi padre... mi padre el Marqués de Masarrá!... júralo.

CONDE. No tengo inconveniente... juro que...

FRANC. (*Lanzándose fuera de la cabaña precedido de Consuelo.*) No, delante de mí no... yo no puedo permitir ese juramento.

CONS. (*Arrojándose en los brazos del médico.*) Protegednos!

CONDE. Consuelo aquí!... el Ciego!... soy perdido.

FRANC. No... vos no podeis jurar delante de las puertas de esta cabaña, manchada aun con mi sangre, y donde villanamente me arrebatásteis la luz de que carezco, que no fuísteis vos el asesino del Marqués.

CONDE. Corriente... podeis acusarme, pero al hacerlo, recordad que soy el legítimo esposo de esa muger á quien envolvereis en mi deshonra porque lleva mi nombre: á vos como hermano suyo, si es que podeis probarlo, tambien os tocará una parte; y finalmente, entre mi palabra y la vuestra, entre el testimonio de una loca, de un mendigo y de un intrigante veremos si la justicia duda...

CONS. Conde, Conde, la loca de ayer os acusa con la clara razon que hoy la ha devuelto el cielo.

CONDE. Loca todavía!...

FRANC. Conde! el ciego, el mendigo de quien has abusado, no teme ya que puedas ahogar su voz en la garganta.

CONDE. Miserable!

DOCTOR. Conde, el hijo del Marqués de Masarrá ha encontrado milagrosamente el secreto donde se ocultaba la fortuna de su padre y la prueba de su nacimiento.

CONDE. (*Turbado.*) Mentira!

DOCTOR. Oh! tu conciencia te dice que es verdad todo lo que acabas de oir. Pronto llegarán los que deben juzgarte, conducidos por el ángel que has sacrificado á tu ambicion.

CONDE. Tambien ahora os engañais. Victor ha perecido arrastrado por el torrente.

CONS. Mi hijo!...

CONDE. Y yo corro á preparar vuestro castigo. (*Vá á salir por la derecha, Victor le sale al encuentro.*)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos.—VICTOR.—GUARDIAS.

VICTOR. No... por esta vez no escapareis, señor Conde.

CONDE. Maldicion!... *(Victor se arroja en los brazos de sus padres.)*

CONS. Hijo mio!

DOCTOR. *(Llevándole aparte.)* Ahora os devuelvo esta pistola: con ella, si os queda un resto de vergüenza, podeis libraros del deshonor.

CONDE. *(Aparte guardándola.)* Os comprendo... Ya os sigo, señores. La hora de la justicia ha sonado en el cielo... vamos. *(Sale rodeado de los guardias.)*

FRANC. Ah! Victor... Fernando, hermano mio, es preciso proteger la fuga de ese hombre, porque Consuelo lleva su apellido, y el cadalso es la deshonra!

CONS. El cadalso!... infeliz!... sálvale, hermano... sálvale.

VICTOR. Sí, salvadle; yo tambien os lo ruego. *(Suena un tiro.)*

CONS. Ah!... esa detonacion...

DOCTOR. No temais; es la justicia de Dios que se anticipa á la de los hombres.

CONS. El Conde!...

DOCTOR. Muerto sin duda.

CONS. Perdonadle, Dios mio. Yo le perdono.

DOCTOR. Francisco, pobre ciego, ahora podrás ser feliz!!

FRANC. (*Abrazándolos.*) Dios es justo!.,.

FIN DEL DRAMA.